

Don de estrella

Tomas Cardenas Palau



Image not found.

Capítulo 1

En un reino muy lejano desaparecido de los libros de historia, vivía un rey bastante caprichoso y mezquino que pensaba poder poseer todo aquello que veían sus ojos y recibir obediencia de todos sus súbditos en caprichos y órdenes.

Una noche estrellada, el rey salió al balcón de su castillo a tomar aire fresco y vislumbro a los hermosos luceros que adornaban el cielo azul profundo. De entre todas aquellas estrellas estaba una que capto su atención, era grande, la más grande de todas; brillante y con una luz bastante potente. Hipnótica, es la palabra más conveniente para describir su atractivo.

-De todas las estrellas que alumbran mi reino, esa es la más bella de todas, la que más refleja y la que más encanta. Por el poder que se me ha otorgado como rey de todo, serás mía- Expresó el rey con ánimos crecidos y voz demandante. Sin demora alguna, convoco a su más fiel súbdito, Meliodas, para que fuera el realizador de la noble tarea: atrapar a la hermosa estrella.

El rey llevo a Meliodas a su balcón y con el dedo señalo a la estrella- ¡Mírala!, sigue ahí, impasible y hermosa. Debes traérmela Meliodas y yo te hare el señor más rico y poderoso de mi reino- Meliodas al ser de ascendencia humilde quedo maravillado ante tal propuesta.

-Sin demora mi señor- y partió rápidamente.

Salió al campo despejado en las afueras del castillo, de esta manera podría verla en todo su esplendor y planear como capturarla. Primero intento ubicarse debajo de ella, pero por más que corría e intentaba ubicarse bajo su luz era imposible, como si ella huyera de él, pero sin siquiera moverse. Luego, pensó en subir hasta ella y fue corriendo hasta su pequeña choza en busca de una escalera, la enterró en el suelo y subió unos cuantos peldaños, pero por poco cae y se abre la cabeza. Sin rendirse, busco a su amigo Valerio para que le ayudara con la noble encomienda y por su ayuda le prometió un cuarto de lo que el rey le había propuesto.

Juntos buscaron más y más escaleras, las ataron unas con otras y las pararon: La escalera nueva era alta, más alta que una normal; la enterraron en la tierra y Valerio la agarro firmemente para que no cayera- Yo subiré- le dijo Meliodas- Seré yo quien complazca a mi rey- valientemente empezó a subir peldaño por peldaño, en medio de las agitaciones que sufría la enclenque escalera por su peso. Cuando al fin llego al final, pudo contemplarla; parecía ser un diamante celestial. Estiro su mano y pudo ver con envolvía a la hermosa estrella, cerro el puño y

sintió su cálida presencia en la palma de su mano.

<<La tengo>>

En ese instante soplaron vientos fuertes y violentos que agitaron la escalera de un lado a otro. Aferrándose con una mano a la misma y con la otra sosteniendo su tesoro, mantuvo el equilibrio unos segundos, hasta que fue más la fuerza del viento que la escalera se quebró cual canela y Meliodas cayó siendo recibido por la grama del campo acompañada de un fuerte estruendo.

¡PUM!

Incorporase magullado y dolido, el noble súbdito se percató que, a pesar de la conmoción, en su mano había algo brillante.

-¡Lo he conseguido!- exclamo eufórico y se dispuso a correr en dirección al castillo donde su rey le esperaba. Cuando llego, el rey estaba sentado en su trono con actitud impaciente.

-¿Lo has conseguido, Meliodas?- preguntó con tono serio y dudoso.

-Mi señor- El súbdito se hincó y extendió su mano hacia el rey. En ella estaba la estrella, la más hermosa de todas, la más brillante y la más hipnótica. El rey sorprendido la analizó con mirada seria, la tomó entre sus dedos y le vio cual joyero analiza un diamante.

-Es muy pequeña- concluyo con aire de decepción- La que yo quería era grande, la más grande de todas- la devolvió a su súbdito cual baratija- Quédatela.

-Pero mi señor, puedo jurarle que es la que usted quería.

-No. ¿acaso insinúas que yo me he equivocado? - Su rostro se congestionó de la indignación, tornándose de un color rojo.

-No.

-Esa es tu paga. Al no cumplirme, no te debo nada.

Meliodas salió del castillo en dirección a su hogar, estaba decepcionado y avergonzado ante su estrepitoso fracaso. Lo único que ahora le quedaba era aquella pequeña estrella. Miro al cielo nocturno y noto la ausencia de está en el firmamento.

-Si eras tan grande de lejos, ¿Por qué eres tan pequeña de cerca?- La guardo en un pequeño frasco, no sin antes partir un pequeño pedazo de

su ser celeste y dársela a su amigo Valerio.

-Te he prometido un cuarto de mi tesoro, he aquí lo prometido- Valerio aceptó y se retiró a su hogar.

A la mañana siguiente, el reino estallo en tristeza y conmoción: Su rey había caído gravemente enfermo. Por más que buscaban médicos y brebajes, la salud del rey parecía no mejorar y lentamente su vida se apagaba. Los concejeros del rey, heraldos y bardos anunciaban que se recompensaría bien a quien encontrara una cura para el mal que aquejaba al monarca, ya que, al no tener herederos, el reino quedaría sin amparo.

Meliodas quedo en casa sin tener conocimiento de lo que pasaba en el feudo. Deprimido y decepcionado, solo observando su pequeña adquisición, brillante en su frasco.

-No me sirves, he fracasado- Lanzó lejos su estrella y el frasco cayó, y rodo por el suelo.

-¡Meliodas!, pronto, el rey muere- Valerio entro en la oscura instancia de su amigo quien yacía en su lecho, desmotivado y apagado- Tú eres su mejor súbdito, tú puedes salvarle.

-Te equivocas amigo mío, he fracasado. De seguro su enfermedad se debe a la decepción que le he causado.

-No amigo, tú tienes algo más maravilloso. Mi madre anoche ha confundido el pedazo que me has dado de estrella con algo de comer, le ha sanado su dolencia de espalda ¡Tú estrella mágica a curado a mi madre!

Meliodas se incorporó con aires de extrañeza y al ver el frasco con el ser celeste volvió a caer en tristeza- Te has de haber equivocado Valerio, es una estrella pequeña, la más pequeña que he visto nunca. No tiene el poder del que hablas, no podría- Volviéndose a la cama, se tapó con sus sábanas y no pronuncio palabra alguna. Valerio viendo el frasco lo tomo en sus manos y se lo llevo consigo.

Valerio llego a la corte real jurando tener la cura para el mal que atenazaba la vida del rey. Los consejeros al no haber conseguido cura de ningún médico del reino decidieron que no importaría que otro dijera poseer tal milagro. Valerio se acercó al lecho del rey, éste estaba pálido como el papel, arrugado y sin fuerzas siquiera para abrir los ojos. Tomo un pedazo de la estrella brillante que yacía en el frasco, los consejeros y caballeros al ver la deslumbrante luz creyeron que se trataba de alguna especie de diamante mágico y se apartaron de él; poniéndoselo en los labios e incitándolo a tragar, Valerio, logro lo imposible: El rey abrió los ojos. Valerio fue ungido con los máximos honores del reino y el rey le

proclamo señor de las tierras más fértiles que poseía e incluso, adopto la estrella como emblema del reino.

-¿De dónde habéis sacado tal poder?- preguntó el rey a Valerio poco después de ungirlo en gloria.

-No he sido yo majestad, ha sido Meliodas quien ha capturado este poder, pero usted se lo ha negado. Pensar que ahora es esta estrella minúscula quien le ha salvado la vida.

El rey quedo afectado ante aquellas palabras. Estuvo al borde de la muerte y su medicina fue algo que él considero baratija. Llamó a Meliodas a su castillo y le espero en la misma sala donde aquella noche le había menospreciado. Ante el rey llegó un Meliodas abatido y hundido en el deshonor y la desgracia, se postró ante él, dando gracias por su recuperación.

-¿Por qué ha sido Valerio quien me ha salvado, siendo tú quien consiguió el don celeste?- preguntó el monarca en tono inquisitivo y serio.

Meliodas guardo silencio.

-Ahora, es tu amigo quien es bañado con honores y grandeza, siendo tú quien debió haber hecho el milagro- El rey ordenó que lo inmovilizaran- No solo me fracasaste una vez, sino dos.

-He sido fiel mi señor. Capture la estrella, usted la rechazó, y ahora es ella quien le salva la vida.

-Pero haz de haber sido tú quien me la ha debido de traer. Dudaste del tesoro que inocentemente te concedí. Ahora admito mi error, rechacé el poder más grande del reino y ahora reposa en otras manos, al igual que tú, no he visto el potencial que tuve en mis manos.

-Piedad, señor- Rogó Meliodas.

-Seguirás siendo mi más fiel servidor. Por tu propia iniciativa no sobrevivirás en el mundo, has demostrado tu valía, es el castigo más severo para un hombre, pero a la vez el más justo para alguien como tú.

Al encadenar a Meliodas como fiel lacayo, la estrella que esté había capturado y llevado a Valerio a la gloria, y cuyos pocos pedazos yacían todavía en el frasco se apagó. Las curas que había realizado se revertieron; la madre de Valerio volvió a sufrir de dolencias y el rey falleció poco después debido a la vuelta de aquel perverso mal. Meliodas al no tener a su amo y señor volvió a ser llevado por la pena y Valerio solo pudo conservar un pequeño pedazo de sus tierras luego de la fragmentación y división del reino por parte de reinos extranjeros que

aprovecharon el deceso del rey.

Desde aquellos sucesos se habla castizamente de “tener estrella”, cuando alguien tiene un don, pero su no uso o desconocimiento puede conllevar a su propia ruina, juzgamiento y destrucción. Una hermosa estrella, brillante y gigante fue solo vista grande desde lejos, siendo pequeña de cerca, aunque su poder fuera el más maravilloso de todos.